

RUTA DE LOS EXPLORADORES OLVIDADOS: SUMATRA

Bienvenido al paraíso



Después de tantos días aburguesado en Bangkok y Kuala Lumpur, entrar en la isla de Sumatra fue volver a la aventura, a sentir de nuevo el fluir de la adrenalina, a sufrir, a creer en alguien en los momentos difíciles...

■ MIQUEL SILVESTRE

Sumatra es la sexta isla más grande del planeta. 50 millones de personas y casi 500.000 kilómetros cuadrados. Perteneciente a la República de Indonesia y mal colonizada por portugueses y holandeses. Víctima de frecuentes terremotos, erupciones, huracanes y tsunamis, es también uno de los lugares más puros, bellos y terribles que he tenido la suerte o la desgracia de haber recorrido en moto. Grandes ríos caudalosos, palmeras, caucho y arrozales espejeantes. La carretera es mala. A ratos desaparece el asfalto pero hay un tráfico denso. Se pone a llover torrencialmente. Me enfundo en mi traje amarillo BMW y paso un calor terrible, es como conducir metido en una sauna. La ruta se empina, atravieso montañas, bosques y selvas. La niebla nos envuelve y yo me lo paso endiabladamente bien en este infierno. Estas cosas son las que me gustan, las que me excitan y hacen que la adrenalina corra dentro de mis venas. Siento que un buen humor repentino va fluyendo hacia mi corazón y mi cerebro. Llevaba varios días enfadado con el mundo. De pronto me doy cuenta de qué era lo que me pasaba. Me hacía falta viajar. Viajar en moto. Sufrir, esquivar, sudar, mojarme, pensar en todo y en nada, sobrevivir, acelerar, sortear baches, tomar mil curvas. Me hacía falta volver a ser motorista y dejar el sedentarismo de Bangkok y Kuala Lumpur. Sé que tengo que hacer fotos y vídeos, que tengo que escribir mil reportajes, pero ahora es delicioso sentir de nuevo que todos tus deberes para los próximos días se reducen a llegar. Apenas hay hoteles en Sumatra. Mi amigo Charly Sinewan pasó por aquí en su viaje a Australia y me dijo que durmió en Kotapangam. Hacia allí me dirijo. Llego agotado. Lo reconozco por la foto que me mandó con su moto dentro del hall. Ya me había advertido de que era malo. Pero se quedó corto. Es peor. La habitación es pequeña, calurosa, llena de manchas de humedad. El baño es un agujero y un barreño. No hay ducha.

Amanece

A las 3.30 me despiertan los ronquidos del vecino. He dormido unas cinco horas, así que salgo del hotel pasadas las 4.30. Es de noche cerrada todavía. La carretera a estas horas es calma, no hay apenas nadie y el amanecer se toma su tiempo. Cuando lo hace tengo la más bella visión. Ha valido la pena madrugar para ver estos tonos azules y morados sobre el horizonte de palmeras y arrozales. Tras muchísimas horas consigo llegar al otro lado de la isla, al Índico. Duermo aceptablemente en Padang. Al despertar, enfilo hacia el sur. La ruta circula por los montes. La selva me quiere comer. Si llueve, el suelo es un espejo deslizante. Si voy por el litoral, la silueta



¿Apetece un baño? Las playas de aquí son así, paradisíacas, desiertas, impolutas, serenas....



Hay poco tráfico pero a veces se ponen de acuerdo y colapsan las estrechas carreteras...



Aquí, en el culo del mundo, también encontré moteros europeos... ¡Somos una plaga!



La cinta de negro asfalto invita a seguirla. La lluvia será una constante en Sumatra.



En un pequeño pueblo de pescadores me reciben como si fuese extraterrestre. No me extraña.

Llevaba varios días enfadado con el mundo; me hacía falta viajar en moto, sufrir, esquivar, sudar, mojarme, sobrevivir, acelerar, sortear baches, tomar mil curvas...

de la isla se llena de bahías, de playas de arena y de palmeras. El asfalto está agujereado y el tráfico de camiones y motos es incesante. En algún tramo, desaparece por completo y es como si se lo hubiera tragado un tsunami. La gente es acogedora y sencilla. Veo un puente colgante sobre una laguna que hay entre el mar y el territorio. Allá que voy. Al cruzarlo, arribo a un poblado de pescadores donde me reciben como a un dios caprichoso caído del cielo para una visita de cortesía. Soy un extraterrestre y encima vestido con el alienígena mono amarillo. Me rodean para tocar, hablar, preguntar. Pero como se dirigen a mí en indonesio, les entiendo poco. Para esta gente es completamente estrafalario que yo no sepa hablar

su lengua. Y quizá tienen razón, si uno no sabe hablar indonesio, para qué diablos está en Indonesia. Cada diez kilómetros tengo que cruzar algún puente metálico. Sin ellos sería imposible viajar por aquí. Hay decenas, centenares de ríos que bajan de las montañas marrones del lodo que arrastran. Vienen muy crecidos y muy turbios debido a la gran cantidad de lluvia que está cayendo sobre la isla. Lo veo desde la costa. Mirando a mi izquierda hacia las montañas cubiertas de selva, se divisa un manto grisáceo y ominoso. Son nubes, espesas, gigantes, pesadas, llenas de una lluvia densa que van descargando sin prisa ni pausa. Se ha hecho de noche. Quedan más de 120 kilómetros hasta Bengkulu, única población con hotel. Con este clima de

monzón, impensable plantar la tienda; dormiría en una balsa en cuestión de minutos. Pregunto, pero las respuestas que obtengo de los lugareños son vagas. Nadie habla inglés.

Sobrevivir

El viaje ha dejado de ser divertido. Se trata sólo de sobrevivir entre la jauría de camiones. Estos lentos paquidermos humeantes se agrupan en largos convoyes y zigzaguean para evitar los socavones. Ocupan el centro de la calzada, se desplazan hacia un lado y otro sin previo aviso. Los adelanto de tres en tres y hago sonar mi claxon para que adviertan mi presencia. Toda mi energía se concentra en anticipar los obstáculos. Con la velocidad, el estrés, la noche oscura, el polvo y los camiones, no siempre detecto los agujeros y cuando doy con uno, el llantazo me hiela la sangre. Empieza a llover. El casco se empaña. No veo nada. Tengo que conducir de pie sobre las estribas y levantar algo la pantalla para dejar que entre el aire y el agua porque de lo contrario estaría completamente ciego en esta guerra. Pues no, otra cosa es lo que



Hace mal día, pero las barcas van arriba y abajo, como autobuses o utilitarios acuáticos..



A punto de cruzar, otra vez, el Ecuador, esta vez en Indonesia..



No todos los días fueron así de radiantes: buen asfalto, temperatura agradable, sol y un cielo de película.



La cultura de los aborígenes de la zona se asemeja más a la de Polinesia.

me rodea. Una guerra. O mejor dicho, una batalla más de la guerra en la que vivo desde hace años. Y también hoy tengo que ganar. Debo sobrevivir. Tengo miedo. Hoy no sé si voy a llegar. La ruta es objetivamente peligrosa y me quedan muchos kilómetros. Entonces me acuerdo de Dios. De ese Dios que descubrí recientemente sin que nadie me hablara de él, sin que yo lo buscara y sin que hallarlo me haya facilitado en absoluto la vida. Ahora no sé qué respuestas darme si Él existe porque no lo entiendo, no lo comprendo y no me alcanzan sus razones para hacer lo que hace. No tiene razones y por eso yo había dejado de creer hace muchísimos años. Porque es irracional.



Los arrozales forman parte del paisaje de esta isla enorme, como en el resto del sudeste asiático.



Algo pasa... ¡pero no sé qué!

A veces me gustaría dejarme de creencias religiosas y salir corriendo de regreso hacia el grupo de los escépticos. Se vive mucho más tranquilo en ese lado. Lo sé porque yo crucé el puente sin que tuviera necesidad de hacerlo. Para ser claros, a mí con una cerveza en la mano, una cama y una mujer que me quiera a ratos, me sobra y me basta. La trascendencia ultraterrena es algo que me supera tanto, que no sé dónde demonios colocarla. Pero el caso es que creo. Un pensamiento brota dentro de mi cabeza sobre esta carretera asquerosa y resbaladiza. "Por favor, haz que deje de llover". Es una petición, una

súplica. Cuando la reconozco, quiero borrarla inmediatamente. "Olvidalo, no te he pedido nada. Si llueve, que llueva". Nunca le pido nada. Jamás. No creo en Él para que me dé nada. Sólo para darle gracias. Jamás se le pide a Dios y menos para uno mismo. Cuando entro en un templo en mis viajes, enciendo velas. Siempre son para los demás, para los que quiero y para los que no conozco. A veces, en muy pocas ocasiones, también por mí. Pero no para que me proteja, sino para que me ayude a ser mejor. Pero hoy es diferente. Hoy tengo miedo de verdad. Los baches son profundos. No veo nada. Hay muchos

INFORMACIÓN ÚTIL

Requisitos entrada

Moto: Carnet du passage expedido por el RACE.

Personales: Pasaporte con seis meses de vigencia y visado en frontera por 25 dólares americanos.

Alojamiento

Medan JJ Guesthouse <http://www.guesthousemedan.com/>

Lago Toba Cabinas Carolina <http://www.carolina-cottages.com/lake-toba/home/6449>

Bengkulu Hotel Splash <http://hotel-splash.com/>

Krui: Krui Surf Camp: <http://kruisurf.com/>

camiones. Llevo 8 horas conduciendo, estoy agotado y aún me quedan por delante más de 80 kilómetros. Y como estoy asustado, no puedo evitar dirigirme de nuevo a El aunque no quiera. *"De acuerdo, no te pido que deje de llover, eh, no te lo pido, que quede claro, pero, hombre, si deja de llover me vendría muy bien"*. Alcanzo un cambio de rasante y justo en la cima encuentro otro desconchado. El socavón es de casi diez centímetros. Intento esquivarlo para no destruir la llanta delantera. El golpe de manillar brusco dirige la rueda justo al borde de la rotura. Los tacos se escurren hacia el interior del bache y la moto se viene al suelo con un golpe terrible. Mientras caigo soy perfectamente consciente de que mi pie derecho se ha quedado atrapado debajo de la maleta y que el brazo derecho impacta contra el firme de alquitrán. Cuando todo se detiene, temo lo peor. Estoy aprisionado y no hay nadie para ayudarme. Forcejeo para escapar. Me pongo de pie. Estiro el brazo. Parece que funciona. El traje de lluvia se ha rasgado en el codo, pero la protección de la chaqueta ha trabajado perfectamente. El tobillo también gira. Los dedos se mueven. Tal vez no tenga una fractura. Ya me ha pasado antes y sé que en caliente todo se resiste, pero en frío las cosas cambian. Reviso a *Atrevida* y no encuentro ningún daño grave. Todo está en orden. Subo en la moto dolorido pero entero. Me quedan ochenta kilómetros y tengo que llegar como sea; esto no ha hecho más que comenzar. Mi cerebro bulle, mi corazón late todavía deprisa, agitado. He tenido mucha suerte, me digo. Otra vez la suerte. Mientras se me pasa la impresión, esquivo baches, adelanto camiones, dejo que el aire me dé en el rostro para quitarme el sueño y el



De noche, cansado, mojado, caigo, pero Dios me echa una mano y me envía ayuda.



'Atrevida' y yo atravesamos este precario puente de madera para llegar a un recóndito pueblo de pescadores.

En un poblado de pescadores me reciben como a un dios caprichoso caído del cielo; soy un extraterrestre y encima vestido con el alienígena traje de lluvia amarillo

susto. Espera un momento. El aire me está dando en la cara. Llevo la visera abierta. Veo el camino que tengo delante. No entran gotas de agua. Sólo ahora me doy cuenta. Ha dejado de llover. El golpe emocional que recibo en este instante es casi más fuerte que el que me he llevado contra el suelo hace minutos. Los escépticos nunca lo entenderán y para mí es imposible explicarlo coherentemente. No se puede. Nunca podría, pero no puedo sino reconocerlo y expresarlo, de lo contrario no sería justo, no sería fiel a mí mismo y a lo que sé que me acompaña.

En estos momentos siento de nuevo que no cabalgo solo. Bajo estos árboles tropicales vuelvo a reconocer lo mismo que en las desoladas estepas del Asia Central. Que hay alguien conmigo. Alguien que por alguna razón me echa una mano e impide que me despeñe. Ese alguien perdona que sea imperfecto, que no me llegue la bondad hasta el sacrificio, incluso que mi egoísmo sea casi más grande que mi GS 1200. Sabe también que luché contra ello aunque me veo derrotado cada día y tengo que volver a empezar. ●